

COMENTARIO DE MIGUEL ANDRÉS BRENNER

Un comentario brevísimo a la ponencia de Fernando Esteban Lozada, “Textos rebelados”. Cuando lo recibí, antes de leerlo, lo archivé en la carpeta de mi computadora “Asuntos religiosos”.

Nací al cristianismo dentro de la Iglesia Católica Apostólica Romana a los 17 años, sin haber recibido en mi familia una educación religiosa. En ella, bien o mal, me eduqué en la fe.

Es probable que en ciertos aspectos coincida con las críticas que hace Fernando a la institución. A partir de aquí, valgan algunas cuestiones.

Yo no militaría a favor de proclamar la no existencia de Dios. Si Dios no existe, no tengo porqué luchar contra él. Por otro lado debieran pasar las luchas, v.gr., por el reconocimiento de la dignidad de nuestros pueblos, en contra de un sistema económico al que le importa más la especulación financiera que la producción en el que gran parte de la humanidad no accede a bienes dignos o indispensables, contra la destrucción del mundo-casa del hombre, etc., en general, contra las injusticias y la falta de amor al prójimo.

Immanuel Lévinas, filósofo judío-lituano, quien me apasiona, señala que la medida del amor a sí mismo es el amor al prójimo, que el hombre es responsabilidad por el otro y, en tanto ello, vulnerabilidad a las necesidades del “pobre, la viuda, el huérfano, el extranjero”. Conste que el problema fundamental de nuestros pueblos postergados es la pobreza. Las naciones poderosas de occidente discriminan a los inmigrantes y padecen hoy las consecuencias de la especulación financiera.

En nombre de Dios hubieron matanzas, pero también obras hermosas hasta el infinito. El Dios asesino no es mi dios, no existe. Mi Dios es el que me enseña denunciando: *Como quien inmola al hijo a la vista de sus padres, así el que ofrece sacrificios de lo robado a los pobres. Su escasez es la vida de los indigentes, y quien se la quita es un asesino. Mata al prójimo quien le priva de la subsistencia. Y derrama sangre el que retiene el salario al jornalero* (Eclesiástico 34, 24-27). Mi Dios es el del Libro de Job, para quien los males que sufre el hombre no lo señala como pecador, no son ni castigo ni prueba a la que Dios somete al hombre; no es éste quien puede ponerse en el Espíritu de Dios para establecer sus designios.

Y mirando ahora desde nuestros pueblos desposeídos, diría que necesitan del Dios liberador en el corazón humano, en sus personas y sus relaciones (económicas, políticas, culturales, etc.). Hagamos un juego de imaginación, y digamos que se convencen que “probablemente Dios no exista”. ¿Qué ocurriría, entonces? Simplemente, los desarmaríamos en su condición humana, pues sus creencias los constituyen también como seres humanos. ¿Y qué reemplazaría a Dios en ellos?, ¿el libre pensamiento? Con todo respeto, aquél es propio de lo que Marx denomina “pequeña burguesía” o clase media. ¿Libre pensamiento?

Federico Nietzsche, en “Sobre verdad y mentira en sentido extra moral”, se opone hablar en términos de “verdad”, pues existe una lucha entre significaciones, unas se imponen venciendo a otras, mientras tanto, las que vencieron se naturalizan y hay un olvido sobre el origen bélico.

Carlos Marx con su noción de ideología nos alerta acerca de múltiples afirmaciones que son seductoras y engañosas a la vez porque ocultan injusticias, relaciones de opresión. Ni que hablar del propio Sigmund Freud para quien la salud mental no es un dato, sino una constante lucha para hacer conciente lo inconciente, siendo que lo inconciente abarca la mayor parte de la personalidad. Ni que

hablar de Michel Foucault para quien la verdad no es más que consecuencia del ejercicio del poder. El pensamiento crítico, o es una argucia del intelecto en la que disfrutamos individualmente, o es consecuencia de la lucha por la verdad y la justicia.

En tanto a la verdad, considero que hay una y única verdad, verdad absoluta, la vida en su máximo despliegue o potencia. Todo lo demás debe subordinarse a la vida, considerando que, al decir de Carlos Marx en los “Manuscritos Económico Filosóficos de 1844”, el ser humano es vida que crea vida. No pretendiendo homologar el texto marxiano al Evangelio según San Juan (14,6), éste último afirma la identidad entre verdad y vida¹.

¹ Evangelio según San Juan, 14, 6. “Yo soy el camino, la verdad y la vida”. Cristo afirma la identidad entre verdad y vida que se hace históricamente.